



XXV.

LA ESTRELLA DE GARDUÑA.

RECEDÁMOSLES nosotros, supuesto que tenemos carta blanca para andar más de prisa que nadie.

Garduña se hallaba ya de vuelta en el molino, después de haber buscado á la señá Frasquita por todas las calles de la Ciudad.

El astuto Alguacil había tocado de ca-

mino en el Corregimiento, donde lo encontró todo muy sosegado. Las puertas seguían abiertas como en medio del día, según es costumbre cuando la Autoridad está en la calle ejerciendo sus sagradas funciones. Dormitaban en la meseta de la escalera y en el recibimiento otros alguaciles y ministros, esperando descansadamente á su amo; mas, cuando sintieron llegar á Garduña, despezáronse dos ó tres de ellos, y le preguntaron al que era su decano y jefe inmediato:

—¿Viene ya el señor?

—¡Ni por asomo!—Estaos quietos.—Vengo á saber si ha habido novedad en la casa....

—Ninguna.

—¿Y la Señora?

—Recogida en sus aposentos.

—¿No ha entrado una mujer por estas puertas hace poco?

—Nadie ha parecido por aquí en toda la noche....

—Pues no dejéis entrar á persona alguna, sea quien sea y diga lo que diga. ¡Al contrario! Echadle mano al mismo lu-

cero del alba que venga á preguntar por el Señor ó por la Señora, y llevadlo á la cárcel.

—¿Parece que esta noche se anda á caza de pájaros de cuenta?—preguntó uno de los esbirros.

—¡Caza mayor!—añadió otro.

—¡Mayúscula! (respondió Garduña solemnemente.) ¡Figuraos si la cosa será delicada, cuando el señor Corregidor y yo hacemos la batida por nosotros mismos!....—Conque.... hasta luego, buenas piezas, y ¡mucho ojo!

—Vaya V. con Dios, señor Bastián,—repusieron todos, saludando á Garduña.

—¡Miestrella se eclipsa! (murmuró éste al salir del Corregimiento.) ¡Hasta las mujeres me engañan! La Molinera se encaminó al Lugar en busca de su esposo, en vez de venirse á la Ciudad....—¡Pobre Garduña! ¿Qué se ha hecho de tu olfato?

Y, discurrendo de este modo, tomó la vuelta del molino.

Razón tenía el Alguacil para echar de menos su antiguo olfato, pues que no

venteó á un hombre que se escondía en aquel momento detrás de unos mimbres, á poca distancia de la ramblilla, y el cual exclamó para su capote, ó más bien para su capa de grana:

—¡Guarda, Pablo! ¡Por allí viene Garduña!.... Es menester que no me vea....

Era el tío Lucas, vestido de Corregidor, que se dirigía á la Ciudad, repitiendo de vez en cuando su diabólica frase:

—¡También la Corregidora es guapa!

Pasó Garduña sin verlo, y el falso Corregidor dejó su escondite y penetró en la población....

Poco después llegaba el Alguacil al molino, según dejamos indicado.



XXVI.

REACCION.

El Corregidor seguía en la cama, tal y como acababa de verlo el tío Lucas por el ojo de la llave.

—¡Qué bien sudo, Garduña! ¡Me he salvado de una enfermedad! (exclamó tan luego como penetró el Alguacil en la estancia.)—¡Y la señá Frasquita? ¿Has dado con ella? ¿Viene contigo? ¿Ha hablado con la Señora?

—La Molinera, señor (respondió Garduña con angustiado acento), me engañó como á un pobre hombre; pues no se fué á la Ciudad, sino al pueblecillo...., en busca de su esposo.—Perdone Usía la torpeza....

—¡Mejor! ¡mejor! (dijo el madrileño, con los ojos chispeantes de maldad.) ¡Todo se ha salvado entonces! Antes de que amanezca estarán caminando para las cárceles de la Inquisición, atados codo con codo, el tío Lucas y la señá Frasquita, y allí se pudrirán sin tener á quien contarle sus aventuras de esta noche.—Tráeme la ropa, Garduña, que ya estará seca.... ¡Tráemela, y vísteme! ¡El amante se va á convertir en Corregidor!....

Garduña bajó á la cocina por la ropa.

.....



XXVII.

¡FAVOR AL REY!

ENTRETANTO, la señá Frasquita, el Sr. Juan López y Toñuelo avanzaban hacia el molino, al cual llegaron pocos minutos después.

—¡Yo entraré delante! (exclamó el Alcalde de monterilla.) ¡Para algo soy la Autoridad! —Sígueme, Toñuelo, y V., señá Frasquita, espérese á la puerta hasta que yo la llame.

Penetró, pues, el Sr. Juan López bajo la parra, donde vió á la luz de la luna un hombre casi jorobado, vestido como solía el Molinero, con chupetín y calzón de paño pardo, faja negra, medias azules, montera murciana de felpa, y el capote de monte al hombro.

—¡Él es! (gritó el Alcalde.) ¡Favor al Rey!—¡Entréguese V., tío Lucas!

El hombre de la montera intentó meterse en el molino.

—¡Date!—gritó á su vez Toñuelo, saltando sobre él, cogiéndolo por el pescuezo, aplicándole una rodilla al espinazo y haciéndole rodar por tierra.

Al mismo tiempo, otra especie de fiera saltó sobre Toñuelo, y, agarrándolo de la cintura, lo tiró sobre el empedrado y principió á darle de bofetones.

Era la seña Frasquita, que exclamaba:

—¡Tunante! ¡Deja á mi Lucas!

Pero, en esto, otra persona, que había aparecido llevando del diestro una borrieca, metióse resueltamente entre los dos, y trató de salvar á Toñuelo....

Era Garduña, que, tomando al Algu-

cil del Lugar por D. Eugenio de Zúñiga, le decía á la Molinera:

—¡Señora, respete V. á mi amor!

Y la derribó de espaldas sobre el lugarero.

La seña Frasquita, viéndose entre dos fuegos, descargó entonces á Garduña tal revés en medio del estómago, que le hizo caer de boca tan largo como era.

Y, con él, ya eran cuatro las personas que rodaban por el suelo.

El Sr. Juan López impedía entretanto levantarse al supuesto tío Lucas, teniéndole plantado un pie sobre los riñones.

—¡Garduña! ¡Socorro! ¡Favor al Rey! ¡Yo soy el Corregidor!—gritó al fin Don Eugenio, sintiendo que la pezuña del Alcalde, calzada con albarca de piel de toro, lo reventaba materialmente.

—¡El Corregidor! ¡Pues es verdad!—dijo el Sr. Juan López, lleno de asombro....

—¡El Corregidor!—repitieron todos.

Y pronto estuvieron de pie los cuatro derribados.

—¡Todo el mundo á la cárcel! (exclamó

D. Eugenio de Zúñiga.) ¡Todo el mundo á la horca!

—Pero, señor.... (observó el Sr. Juan López, poniéndose de rodillas.)—¡Perdone Usfa que lo haya maltratado! ¿Cómo había de conocer á Usfa con esa ropa tan ordinaria?

—¡Bárbaro! (replicó el Corregidor): ¿alguna había de ponerme! ¿No sabes que me han robado la mfa? ¿No sabes que una compañía de ladrones, mandada por el tfo Lucas....

—¡Miente V.!—gritó la navarra.

—Escúcheme V., señá Frasquita (le dijo Garduña, llamándola aparte.)—Con permiso del señor Corregidor y la compañía....—¡Si V. no arregla esto, nos van á ahorcar á todos, empezando por el tfo Lucas!....

—Pues ¿qué ocurre?—preguntó la señá Frasquita.

—Que el tfo Lucas anda á estas horas por la Ciudad vestido de Corregidor...., y que Dios sabe si habrá llegado con su disfraz hasta el propio dormitorio de la Corregidora.

Y el Alguacil le refirió en cuatro palabras todo lo que ya sabemos.

—¡Jesús! (exclamó la Molinera.) ¡Conque mi marido me cree deshonrada! ¡Conque ha ido á la Ciudad á vengarse!—¡Vamos, vamos á la Ciudad, y justificadme á los ojos de mi Lucas!

—¡Vamos á la Ciudad, é impidamos que ese hombre hable con mi mujer y le cuente todas las majaderfas que se haya figurado! (dijo el Corregidor, arrimándose á una de las burras.)—Deme V. un pie para montar, señor Alcalde.

—Vamos á la Ciudad, sí.... (añadió Garduña); ¡y quiera el cielo, señor Corregidor, que el tfo Lucas, amparado por su vestimenta, se haya contentado con hablarle á la Señora!

—¿Qué dices, desgraciado? (prorrumpió D. Eugenio de Zúñiga.) ¿Crees tú á ese villano capaz?....


—¡De todo!—contestó la señá Frasquita





XXVIII.

¡AVE MARÍA PURÍSIMA! ¡LAS DOCE Y MEDIA
Y SERENO!

 sí gritaba por las calles de la
Ciudad quien tenía facultades
para tanto, cuando la Molinera y
el Corregidor, cada cual en una de las
burras del molino, el Sr. Juan López
en su mula, y los dos Alguaciles andando,
llegaron á la puerta del Corregimiento.
La puerta estaba cerrada.

Dijérase que para el Gobierno, lo mismo que para los gobernados, había comido todo por aquel día.

—¡Maño!—pensó Garduña.

Y llamó con el aldabón dos ó tres veces.

Pasó mucho tiempo, y ni abrieron, ni contestaron.

La señá Frasquita estaba más arañilla que la cera.

El Corregidor se había comido va todas las uñas de ambas manos.

Nadie decía una palabra.

¡Pum!... ¡Pum!... ¡Pum!... —golpes y más golpes á la puerta del Corregimiento (aplicados sucesivamente por los dos Alguaciles y por el Sr. Juan López)...—Y ¡nadal! ¡No respondía nadie! ¡No abrían! ¡No se movía una mosca!

Sólo se oía el claro rumor de los caños de una fuente que había en el patio de la casa.

Y de esta manera transcurrían minutos, largos como eternidades.

Al fin, cerca de la una, abrióse un ventanillo del piso segundo, y dijo una voz femenina:

—¿Quién?

—Es la voz del ama de leche....—murmuró Garduña.

—¡Yol (respondió D. Eugenio de Zúñiga.)—¡Abrid!

Pasó un instante de silencio.

—¿Y quién es V.?—replicó luego la nora.

—¿Pues no me está V. oyendo?—¡Soy el amo!... ¡el Corregidor!....

Hubo otra pausa.

—¡Vaya V. mucho con Dios! (repuso la buena mujer.)—Mi amo vino hace una hora, y se acostó en seguida.—¡Acuéntense Vds. también, y duerman el vino que tendrán en el cuerpo!

Y la ventana se cerró de golpe.

La señá Frasquita se cubrió el rostro con las manos.

—¡Amal (tronó el Corregidor, fuera de sí.) ¿No oye V. que le digo que abra la puerta? ¿No oye V. que soy yo? ¿Quiere V. que la ahorque también?

La ventana volvió á abrirse.

—Pero vamos á ver.... (expuso el ama.) ¿Quién es V. para dar esos gritos?

—¡Soy el Corregidor!

—¡Dale, bola! ¿No le digo á V. que el señor Corregidor vino antes de las doce...., y que yo lo vi con mis propios ojos encerrarse en las habitaciones de la Señora? ¿Se quiere V. divertir conmigo?—¡Pues espere V...., y verá lo que le pasal

Al mismo tiempo se abrió repentinamente la puerta, y una nube de criados y ministriles, provistos de sendos garrotes, se lanzó sobre los de afuera, exclamando furiosamente:

—¡Á ver! ¿Dónde está ese que dice que es el Corregidor? ¿Dónde está ese chusco? ¿Dónde está ese borracho?

Y se armó un lío de todos los demonios en medio de la obscuridad, sin que nadie pudiera entenderse, y no dejando de recibir algunos palos el Corregidor, Garduña, el Sr. Juan López y Toñuelo.

Era la segunda paliza que le costaba á D. Eugenio su aventura de aquella noche, además del remojón que se dió en el caz del molino.

La señá Frasquita, apartada de aquel

laberinto, lloraba por la primera vez de su vida....

—¡Lucas! ¡Lucas! (decía.) ¡Y has podido dudar de mí! ¡Y has podido estrechar en tus brazos á otra!—¡Ah! ¡Nuestra desventura no tiene ya remedio!





XXIX.

POST NUBILA.... DIANA.



¿vé escándalo es este?—dijo al fin una voz tranquila, majestuosa y de gracioso timbre, resonando encima de aquella baraúnda.

Todos levantaron la cabeza, y vieron á una mujer vestida de negro, asomada al balcón principal del edificio.

—¡La Señoral—dijeron los criados, suspendiendo la retreta de palos.

—¡Mi mujer!—tartamudeó D. Eugenio.

—Que pasen esos rústicos....—El señor Corregidor dice que lo permite....—agregó la Corregidora.

Los criados cedieron el paso, y el de Zúñiga y sus acompañantes penetraron en el portal y tomaron por la escalera arriba.

Ningún reo ha subido al patíbulo con paso tan inseguro y semblante tan demudado como el Corregidor subía las escaleras de su casa.—Sin embargo, la idea de su deshonor principiaba ya á descollar, con noble egoísmo, por encima de todos los infortunios que había causado y que lo afligían y sobre las demás ridiculeces de la situación en que se hallaba....

—¡Antes que todo (iba pensando), soy un Zúñiga y un Ponce de León!.... ¡Ay de aquellos que lo hayan echado en olvido! ¡Ay de mi mujer, si ha mancillado mi nombre!



XXX.

UNA SEÑORA DE CLASE.

La Corregidora recibió á su esposo y á la rústica comitiva en el salón principal del Corregimiento.

Estaba sola, de pie, y con los ojos clavados en la puerta.

Érase una principalísima dama, bastante joven todavía, de plácida y severa hermosura, más propia del pincel cristiano

que del cincel gentilico, y estaba vestida con toda la nobleza y seriedad que consentía el gusto de la época. Su traje, de corta y estrecha falda y mangas huecas y subidas, era de alepín negro: una pañoleta de blonda blanca, algo amarillenta, velaba sus admirables hombros, y larguísimos maniquetes ó mitones de tul negro cubrían la mayor parte de sus alabastrinos brazos. Abanicábase majestuosamente con un pericón enorme, traído de las islas Filipinas, y empuñaba con la otra mano un pañuelo de encaje, cuyos cuatro picos colgaban simétricamente con una regularidad sólo comparable á la de su actitud y menores movimientos.

Aquella hermosa mujer tenía algo de reina y mucho de abadesa, é infundía por ende veneración y miedo á cuantos la miraban. Por lo demás, el atildamiento de su traje á semejante hora, la gravedad de su continente y las muchas luces que alumbraban el salón, demostraban que la Corregidora se había esmerado en dar á aquella escena una solemnidad teatral y un tinte ceremonioso que contrastasen

con el carácter villano y grosero de la aventura de su marido.

Advertiremos, finalmente, que aquella señora se llamaba Doña Mercedes Carrillo de Albornoz y Espinosa de los Monteros, y que era hija, nieta, biznieta, tataranieta y hasta vigésima nieta de la Ciudad, como descendiente de sus ilustres conquistadores.—Su familia, por razones de vanidad mundana, la había inducido á casarse con el viejo y acaudalado Corregidor, y ella, que de otro modo hubiera sido monja, pues su vocación natural la iba llevando al claustro, consintió en aquel doloroso sacrificio.

Á la sazón tenía ya dos vástagos de arriscado madrileño, y aún se susurraba que había otra vez moros en la costa...

Conque volvamos á nuestro cuento.

